

El viento

La vajilla y los cubiertos aún sobre la única mesa del jardín que sigue en pie. Desordenados, trazando cruces entre sí los tenedores y los cuchillos, vencidas las copas sobre el mantel, derramadas sobre la carne. Y el aire de la mañana que gira y pasa entre los vasos. ¡Qué sinfonía de labios de Bohemia! Las sillas volcadas sobre el césped y un velo de novia colgado de una rama. Parece que lloverá. El viento trae la humedad prendida, el anticipo de un aliento de agua. Lloverá. Sin duda, lloverá. Arrastrará la lluvia los despojos de la única mesa que sigue en pie, las cenizas, el grumo frío de las salsas, pero no podrá borrar la lluvia el rastro que queda después de que haya pasado el viento.

La ceremonia había sido corta y sencilla. El juez dijo las palabras de rigor, y los casó en un santiamén. Los novios se hicieron fotos en el templete engalanado para la ocasión con una mezcla un tanto ampulosa de flores de verdad y flores de atrezo, mientras los invitados saciaban su sed de agosto en unos veladores dispuestos en la parte delantera de la casa. Los novios se miraban con gestos de fotografía y el fotógrafo disparaba una y otra vez, inquieto y dándoles las órdenes precisas para conseguir congelarles la fotogenia cuanto antes. A Mario lo de las fotos comenzó a producirle un serio desasosiego cuando Marisa sugirió una postura a lo cheslón y hubo que improvisar un asiento con los pufs de la habitación de Clarita. Al parecer el color —azul turquesa—no agradó al fotógrafo, que no acababa de encontrarle concordancia con las flores y la luz que, a esas horas, comenzaba a tornarse anaranjada tras el templete. Durante quince minutos probó con varios filtros hasta encontrar uno que atenuara aquella escena de cromatismo rabioso y, cuando estuvo dispuesto, solicitó a los novios que se buscaran con la mirada, que entrelazaran las manos y que se sonrieran con una sonrisa ni muy cálida ni muy distante. Mario interrumpió el escorzo, dejó a Marisa mirando a la nada y fusiló con la versión más fría de sus ojos al fotógrafo, que accedió sin rechistar a tirar las últimas fotos de relleno.

Con el último clic llegó la brisa que movió las flores y sacudió levemente el velo de la novia. Marisa sintió un escalofrío repentino y tuvo el primer presentimiento de que su boda no sería lo tranquila que había vaticinado.

Eran seis mesas redondas para doce comensales cada una y ocupaban todo el jardín. El templete con los músicos detrás de la mesa nupcial, ligeramente escorado hacia la derecha. Y a la derecha del templete, la piscina vallada. Fermín, el padraastro de Marisa, había invertido el fin de semana anterior y más de doscientos euros en colocarle una cerca alrededor. Una empalizada de tablas azules y blancas con las que evitar que los niños se acercaran demasiado al agua y que los ebrios hicieran alardes de nadador cuando les llegara la euforia de la bebida. Le había quedado un trabajo fino. No sólo

ponía cerco al peligro sino que además le daba al jardín y a la casa un toque de calidez humana que contrastaba con los parterres de diseño, las vidrieras ahumadas del porche trasero y las paredes forradas de granito de las fachadas. A Luisa, la madre de Marisa, le costó consentir aquel paréntesis de evidente ruralidad, pero accedió a cambio de que Fermín se olvidara de la idea de contratar al dúo Albatros para amenizarles la fiesta y admitiera apalabrar el bolo con un cuarteto de cuerda experto en darle majestad a los despendolados cantos populares. En el momento en que el novio de Clarita, su hija pequeña, apoyaba el pie izquierdo en la cerca, el Cuarteto Magno ejecutaba una versión circunspecta y un tanto sosa de La Tarara. Fermín se levantó de su mesa de presidencia, se acercó a donde los dos adolescentes se reían de sus propias confidencias dichas al oído y tomó a su hija del brazo. Dile a tu amigo que quite los pies de mi valla y sentaos de una vez, le dijo, y se la llevó hasta el lugar donde tenía escrito su nombre.

Marisa asistió a la escena desde su asiento. Se revolvió, inquieta, y vio de reojo cómo Mario se servía otra copa de vino y se la bebía de un trago. Le había prometido no volver a beber. La brisa soltó una ráfaga entre las mesas y Marisa se frotó los brazos con las manos. Comenzaba a refrescar.

El Cuarteto Magno en realidad era un trío. Uno de los violines era de pega y el falso músico movía el arco tan fuera de la música que hasta provocaba el desajuste de sus compañeros, que sí tocaban de verdad. Sobreactuaba. Como si la melodía hubiera de brotar, más que de las cuerdas, del aspaviento de sus manos. No hubiera desentonado en una banda de heavy metal, a tenor de los espasmos con que atacaba las supuestas notas de una lánguida versión de La Bamba, mientras sus colegas, desde la gravedad de sus caras de músicos serios, le suplicaban un poco de mesura.

Marisa se inquietó cuando la brisa arreció sobre las mesas y comprobó que el cuarteto era un falso cuarteto mal avenida, que alguna rencilla los mantenía tensos y que la tensión acabaría explotándole en la cara a alguien. Al falso violín, tal vez; o a la mujer que frotaba la viola y que parecía ser la única del grupo que lo miraba con cierta condescendencia. Seguramente sería su esposa, su valedora en la música, pensó Marisa, y seguramente él accedía a la pantomima para estar cerca de ella y atarla corto, porque era joven y hermosa y despertaba la lascivia del violín verdadero y el deseo del joven que pulsaba las cuerdas del violonchelo con aquellas dulces manos de masajista de balneario... Todo eso elucubraba Marisa para olvidarse del viento, que comenzaba a agitar los faldones de las mesas y las ramas de los árboles, y para olvidarse de que Mario llenaba una y otra vez su copa, y que algunos invitados comenzaban a alzar sus voces sobre el murmullo general.

Volaron varias tarjetitas con los nombres de los comensales y un jarrón se volcó sobre una mesa. Rosas rojas sobre mantel blanco.

La brisa comenzó a ser molesta cuando retiraban los platos de los entremeses. Y Fernanda, la madre de Mario, comenzó a serlo también cuando hizo alguna observación sobre la frescura de los langostinos cuyas cáscaras se llevaban en sus platos los camareros en ese mismo momento. A Luisa le pareció que aquel comentario no la dejaba a ella en buen lugar. Buscó a Fermín con la mirada y encontró que la de su marido andaba extraviada en los confines del jardín, junto a dos invitados que fumaban apoyados en su valla. No pensaréis tirar las colillas a la piscina ¿no?, adivinó Marisa en los labios de su padrastro en el momento en que un remolino que llegó por sorpresa desde la parte delantera de la casa alzaba en vilo las partituras de los atriles de los músicos, arrastraba en su espiral las servilletas de las mesas y se desbarataba contra el remanso limpio de la piscina. Al revuelo del viento le siguió el alboroto de los invitados que, estimulados por aquel leve suceso, sacaron a relucir sus atributos de tramontana para lanzarse insultos unos a otros o para recordarse antiguos agravios nunca olvidados. Marisa miró a Mario, que comenzaba otra botella de vino, y este le sonrió, achispado por una ebriedad que ya no podía esconder y brindando porque sus familias no se mataran entre sí ese día y que esperaran al menos a que ellos regresaran de la luna de miel que tenían pensado consumir en Jamaica. Marisa le acercó su copa para que la llenara y se alegró de que aún no hubieran llegado a las manos, de que se contentaran con insultarse y zaherirse con algunas levedades relativas a cuernos y bastardías; menudencias de montescos y capuletos. Pero cuando una mano del viento le sacó el velo a Marisa de la cabeza para colgarlo de la rama de un árbol y notó que ya no era una ráfaga o una brisa nerviosa, sino que se había instalado con todo su peso en el recinto de su boda, se resignó a su suerte y levantó la copa, brindó al aire, y se la vació de un trago.

Se hubieran podido apaciguar los ánimos entre las mesas, pero cuando el viento comenzó a derramar las copas de vino y a llenar de briznas de hierba los tarritos de las salsas y de hojas secas la guarnición de la carne, los temperamentos se envenenaron de tal manera que hubo algún conato de violencia física en una de las mesas. La joven hermosa de la viola hizo entonces una señal a sus compañeros y comenzaron a ejecutar una pieza de Albinoni.

Albinoni era una excepción en el repertorio del Cuarteto Magno, un remanso barroco entre tristísimos tangos y pasodobles atenuados, al que se recurría cuando los invitados levantaban la voz y se venían arriba con el optimismo del vino. Porque el Cuarteto Magno, más que amenizar, tenía la facultad de adormecer a los comensales. Así que, al principio, acunados por los compases iniciales, los pendencieros de las mesas firmaron un armisticio, levantaron sus copas volcadas sobre el mantel, las rellenaron de vino y brindaron por la amistad y la alegría. Pero resultó una paz ciertamente precaria, pues el violín de mentira se contagió de la inclemencia del aire y propagó poco a poco su desmedido entusiasmo a sus compañeros, que aceleraron los compases a ritmo de polka. Mientras el segundo violín acompañaba el frenético vaivén de su arco con redoble de tacones —como un músico celta desenfrenado— y el violonchelo pellizcaba las cuerdas

con pulsión y mala leche, la viola parecía presa de un trance más próximo a los ritmos de un espiritual negro que a los efluvios del renacimiento.

El cuarteto desatado. Como el viento. Mario pidió otra botella de vino y a Marisa le acabó de arrasar el tocado una ráfaga traicionera.

Como era de esperar, los invitados de antes, los que fumaban junto a la valla que colocó Fermín el fin de semana anterior para rodear la piscina, arrojaron las colillas de sus cigarros al agua. Eso ocurrió al mismo tiempo que Clarita y su novio salían del cobertizo de las herramientas. Ella ajustándose la falda y él, detrás, alisándose el pelo. Mario bebía a morro, pues las copas, todas, habían rodado por las mesas y se estrellaron contra el césped. Y a morro bebía Marisa, que comenzaba a temerse que aquel viento les perseguiría hasta el aeropuerto, se enroscaría en la cola del avión y se bajaría con ellos en Kingston para convertirse en un huracán adulto. Hasta tanto llegaba el presagio catastrófico de Marisa que ya no sólo tenía la certeza de que su boda no sería lo tranquila que había vaticinado, sino que su maleficio de viento habría de extenderse a sus días de luna de miel y mucho más allá. Tal vez lo heredarían sus hijos, como se hereda el color de los ojos o las migrañas. Todo eso elucubraba Marisa, para no ver cómo Fernanda, la madre de Mario, achinaba los ojos y se mojaba los labios con la lengua cada vez que su mirada se cruzaba con la mirada de Fermín, y cómo Fermín le correspondía con disimulo; o no. Y cómo Mario, que estaba borracho a pesar de que le prometió no beber nunca más, se sacaba la corbata, se quitaba la chaqueta y se remangaba la camisa para disfrutar, de verdad, de la fiesta.

El viento cambió de dirección. Cambiaba continuamente, como si quisiera barrer todo el perímetro y asegurarse de que no quedaba un centímetro cuadrado sin su aliento. Y comenzó a silbar sobre la música y el murmullo general como si un ser formidable soplara en el interior de un tubo megalítico.

Estas cosas tienen un detonante. Una gota que colma el vaso. Una llama que hace arder el bosque. Pero aquí el incendio se declaró en varios sitios a la vez y se extendió por el jardín hasta que los cuerpos rodaron sobre las mesas y sobre el césped. Luisa agarró del pelo a Fernanda, no se sabe si porque se la tenía jurada desde que hizo el comentario de los langostinos o porque la sorprendió en alguno de sus gestos lascivos. Fermín ajustó cuentas con los fumadores de la piscina y resolvió que lo mejor era que se dieran un baño. El falso violín se puso en paz consigo mismo y le cantó las cuarenta al violonchelo, mucho más joven que él, pero con manos demasiado delicadas para las refriegas y los golpes bajos. Y Clarita y su novio se perdieron otra vez donde las herramientas, a salvo del viento y sus venganzas, a matarse de amor mientras la pelea se expandía por las mesas como un virus voraz en busca de huésped. Se generalizó la querella y se hizo una, grande y coral. Volaron sillas, se rompieron botellas y se arrancaron algunas tablas de la empalizada de Fermín para defensa y ataque.

El viento era ya como una cosa quieta, fija en ese punto del universo. No pasaba, se quedaba sobre las cabezas, ululando como un lamento y enervando los ánimos confusos, girando sobre sí como una mala conciencia, haciendo remolinos con las pamelas floreadas y levantando el vuelo de las faldas, como si un sátiro invisible se hubiera colado entre las mesas y entre las damas despeinadas y sus trajes rasgados. Bramó como un céfiro áspero y profundo y dobló el tronco de un tilo, hizo vibrar las vidrieras, destrozó el atrezo del templete, volaron como panderos los manteles percutidos de vino y aceite y descalabró a una mujer de ochenta años con las lamas de madera de una persiana que arrancó del segundo piso de la casa.

La gente descubrió una razón para no matarse cuando vieron a la anciana desangrándose sobre los restos de una mesa, como si la sangre propiciada por un tercero les hubiera despertado un sentimiento solidario o un algo así como una soterrada y recóndita camaradería. Supieron que el enemigo común era el viento y se apoyaron unos en otros para alcanzar las vidrieras o para protegerse mutuamente de los objetos que volaban. Corrieron como una sola persona en dirección a la casa. Los últimos en entrar fueron los músicos, cual orquesta decorosa y trasatlántica, y cerraron tras de sí las hojas correderas de cristal ahumado. Los invitados se repartieron por el salón, Luisa trajo toallas para que se secaran el sudor y la sangre de sus rasguños y Fernando sacó del mueble bar todas sus reservas de brandy y aguardiente para reponerlos del susto y de la vergüenza. Apoyada la frente en los cristales, Mario y Marisa miraban al exterior. Vieron vencerse y luego caer al agua las tablas blancas y azules de la cerca de la piscina, las mesas que se estrellaban contra el cobertizo de las herramientas y las ramas de los tilos quebrándose y desprendiéndose con violencia de látigo, hasta que el viento arrancó las guirnaldas de luz de sus postes y se hizo la oscuridad absoluta tras el cristal ahumado. Entonces el viento ya sólo fue un murmullo descomunal tras el blindaje de los cristales, un ulular bronco y sostenido, el bramido de un animal titánico desconsolado y lejano que batía sobre los muros de la casa y hacía tabletear las persianas contra los vidrios.

Al poco, se apagó la luz del interior, y algunos lograron conciliar el sueño. Y Mario y Marisa se tomaron de las manos y subieron las escaleras en busca de la intimidad de su noche de bodas.

Esta mañana un sol frío y distante atraviesa tenuemente las vidrieras ahumadas. La vaporosa luz se funde con la tranquilidad de los cuerpos, vencidos tras una noche de insomnio. Algunos dormitan sobre los sofás, los pufs azul turquesa de la cheslón improvisada y hasta en las sillas, sostenidos los cuerpos en posturas inverosímiles de muñecos descoyuntados. El viento sigue soplando fuera, pero parece —se engaña Fermín— que ya es un viento lánguido en retirada. Mira al exterior y observa la vajilla y los cubiertos aún sobre la única mesa del jardín que sigue en pie. Desordenados, trazando cruces entre sí los tenedores y los cuchillos, vencidas las copas sobre el mantel, derramadas sobre la carne. Y el aire de la mañana que gira y pasa entre los vasos y saca

algunas notas breves y sincopadas. ¡Qué sinfonía de labios de Bohemia! Las sillas volcadas sobre el césped y el velo de novia de Marisa colgado de una rama. Luisa se acerca por detrás, lo rodea con sus brazos y planta un beso en su cuello. Parece que lloverá, le susurra al oído. El viento trae la humedad prendida, el anticipo de un aliento de agua. Lloverá. Sin duda, lloverá. Arrastrará la lluvia los despojos de la única mesa que sigue en pie, las cenizas, el grumo frío de las salsas... Se irá venciendo el viento poco a poco, agotándose a sí mismo, pero antes de que eso ocurra, bajará Marisa de la planta alta, adonde fue anoche con Mario para buscar la intimidad en su noche de boda, y les dirá a todos, desde el final de la escalera, a gritos, que el viento ha entrado en la casa, que ha tomado el primer piso y que no queda un sitio donde refugiarse.

Luego restregará sus manos rojas de sangre en su vestido blanco y descenderá para caer en los brazos de su madre, mientras el viento, una brisa apenas, agita sus cabellos.

Autor:

©José Quesada Moreno